

tificar sus culpables objeciones; y otro mas, error de la virtud, que se deja engañar por el deseo de reforzar una verdad aun á espensas de otra. Mas hay aun un tercer error, que no debe pasarse en silencio, y es esa multitud de hombres que no cesan de hablar de los *resultados* del crimen, sin saber lo que es felicidad y desgracia.

«Sabemos que un villano que es digno de verse confundido, se lanza en el mundo por medios muy impropios, y consigue con ellos hacer su suerte; deprime al mérito, murmura de la virtud, y sin embargo halla buena acogida entre las gentes; le acatan, le reciben con la sonrisa en los labios, y si hay un puesto que disputar, se le ve conseguirlo por la intriga, sobreponiéndose al hombre mas honrado.»

El teatro nos gusta tanto porque es el cómplice eterno de todos nuestros vicios y todos nuestros defectos (1). Un hombre de bien no debe disputar un rango, una clase, por medio de la intriga, y menos todavia un villano ú hombre vil. No cesan de decir: *todos los empleos, todas las dignidades, todas las distinciones son para los hombres que no las merecen*. Primeramente, nada es mas falso; por otra parte ¿con qué derecho llamamos nosotros á todas esas cosas *bienes*? Ahora poco nos citábais un brillante epigrama, Caballero, *merecia este empleo por todos conceptos, SIN EMBARGO lo ha obtenido*; muy bien, si no se trata mas que de reirse; pero tratándose de razonar, ya es otra cosa. Quisiera participaros una reflexion que se me ocurrió un dia leyendo un sermón de vuestro admirable Bourdaloue; pero temo que me tengais todavia por visionario.

EL CABALLERO.

Pues cómo! *todavia!* Yo no he dicho nunca eso. Dije solamente, lo que es muy distinto, *que si ciertas gentes os oyesen, os podrian tener por visionario*. Por otra parte, aqui no hay *ciertas gentes*, y aun cuando las hubiera, aunque se hubiese de imprimir lo que decimos, nada importaria. Lo que uno cree cierto, es preciso decirlo, y decirlo valerosamente. Yo quisiera, *aunque me costara mucho*, descubrir una verdad que chocase á todo el género humano; yo se la diria á quema-ropa.

EL SENADOR.

Si os alistais alguna vez en un ejército que la Providencia le-

(1) *Paucas poetae, repertunt fabulas.*

Ubi boni meliores fiant.

(Plaut. cap. in epil.) puede muy bien creerse, me parece.

vanta en este momento en Europa, os colocarán en los granaderos; pero mirad lo que os queria decir. Leia yo cierto dia en no sé qué sermón de Bourdaloue, un párrafo en que sostiene sin la menor restriccion, *que no es permitido solicitar empleos* (1). A la verdad yo tomé esto desde luego como un simple consejo, ó como una de estas ideas de perfeccion, inútiles en la práctica, y pasé adelante; pero muy pronto la reflexion me retrajo, y no tardé en encontrar en este texto materia para una larga y seria meditacion. Ciertamente una gran parte de los males procede de los depositarios de la autoridad, mal escojidos por los principes; mas la mayor parte de estas malas elecciones, son hijas de la ambicion que los ha engañado. Si todos esperasen la eleccion, en vez de esforsarse á determinarla por todos los medios posibles, me siento inclinado á creer que el mundo cambiaria de faz. ¿Con qué derecho se atreven á decir: *Yo valgo mas que cualquiera otro para este empleo?* porque esto lo dicen cuando lo solicitan. ¿Qué enorme es la responsabilidad que arrastran! Existe ahí un orden de cosas que se esponen á alterar. Voy aun mas lejos; digo que cada hombre, si se examina con cuidado á sí mismo y á los demas, con todas sus circunstancias, sabrá distinguir muy bien el caso en que uno es llamado, del de aquellos que obstruyen el paso. Esto tiende á una idea que acaso os parecerá paradógica; pensad como gustéis. Me parece que la existencia y la marcha de los gobiernos, no pueden definirse por los medios humanos, como tampoco el movimiento de los cuerpos por los medios mecánicos. *Mens agitat molem*. En cada imperio ó gobierno hay un *espíritu directo* (permitidme que robe esta palabra á la química, desnaturalizandola), que le anima, asi como el alma anima al cuerpo, y causa la muerte al retirarse ó desaparecer.

EL CONDE.

Dais un nombre nuevo muy adecuado á mi parecer, á una cosa muy sencilla, que es la intervencion necesaria de un poder sobrenatural. Es admitida en el mundo fisico, sin escluir la accion de las segundas causas; ¿por qué razon no ha de serlo tambien en el mundo político en el que no es menos indispensable?

(1) Siguiendo todas las apariencias, el interlocutor tenia presente el pasaje en que este gran orador dijo con una severidad que parece ya excesiva «¿Mas qué! me direis, ¿no puede un hombre en el mundo desear el ser mas grande de lo que es? No, mi querido oyente, nunca podreis desearlo; os será permitido serlo cuando Dios quiere, cuando vuestro rey os destine, cuando la voz pública os llame, etc. (Sermón sobre el estado de la vida, ó mejor dicho *contra la ambicion*, primera parte).

(Nota del editor.)

Sin su intervencion inmediata, no puede definirse como decis muy, ni la creacion ni la duracion de los gobiernos. Ella está de manifesto en la unidad nacional que los constituye; lo está en la multitud de voluntades que concurren al mismo fin sin saber lo que hacen, demostrando esto que no son mas que *empleadas*, lo está sobre todo en la accion maravillosa que se sirve de este cúmulo de circunstancias, que llamamos *accidentales*, de nuestras locuras mismas y de nuestros crímenes, para mantener el orden, y muchas veces para restablecerlo.

EL SENADOR.

No sé si habeis aprovechado perfectamente mi idea; no importa por ahora. Admitido una vez el poder sobrenatural, de cualquiera modo que se entienda, bien puede uno fiarse en él; pero por mas que se repita, mucho menos nos equivocariamos en esta materia; si tuviésemos ideas mas justas de lo que llamamos *bienes y felicidad*. Hablamos de los resultados del vicio, é ignoramos lo que es un *resultado*, lo que nos parece una dicha es muchas veces un castigo terrible.

EL CONDE.

Teneis razon grandemente: El hombre no sabe lo que le conviene, y aun la misma filosofía lo ha visto, puesto que ha manifestado, que el hombre por si solo no sabia orar y necesitaba un instructor divino que viniera á enseñarle lo que debe pedir (1). Si algunas veces parece que la virtud tiene menos talento que el vicio, para conseguir las riquezas, los empleos, etc.; si es nula para toda clase de intrigas, mejor para ella, aun temporalmente; no hay un error mas frecuente que el de tomar una bendicion por una desgracia: nunca envidiemos nada al crimen; dejémosle sus tristes resultados; la virtud tiene otros, tiene todos los que la son permitidos desear; y aun cuando tuviese menos, nada le faltará tampoco al hombre justo, porque le quedaria la tranquilidad, la paz del corazon! ¡Tesoro inapreciable, salud del alma, encanto de la vida, que vale por todo, y que nada puede reemplazarla! ¿Qué ceguedad inconcebible hace á menudo, que no fijemos la atencion en ello? En un lado está la paz y aun la gloria: una buena reputacion al menos, es la compañera inseparable de la virtud, y es uno de los goces mas deliciosos de la vida; en el otro lado están los remordimientos y muchas veces

(1) No hay necesidad de citar esta cláusula de Platon, que el libro de este grande hombre, se ha transmitido á otros mil.

tambien la infamia. Todo el mundo conviene en estas verdades; mil escritores las han presentado en todo su esplendor; y en seguida se razona como si fueran desconocidas.

¿Entretanto, puede uno dejar de contemplar con delicia, la dicha del hombre que puede decir cada dia antes de dormirse: *no he perdido el dia*; que no siente en su corazon ninguna pasion rencorosa, ningun deseo culpable; que se duerme con la certidumbre de haber practicado algun bien, y que se despierta con nuevas fuerzas para ser todavía mejor? Despojadle si quereis, de todos los bienes que los hombres codician con tanto ardimiento, y comparadlo con el dichoso, con el poderoso Tiberio, escribiendo desde la isla de Caprea su famosa carta, al senado romano (1); creo que no será difícil decidirse entre estas dos situaciones. Al rededor del malvado, me parece que veo sin cesar todo el infierno de los poetas, *TERRIBLES VISU FORMAE las zozobras devorantes, las pálidas enfermedades, la innoble y precoz vejez, el miedo, la indigencia (triste consejera), la falsa alegría del espíritu, la guerra intestina; las furias vengadoras, la negra melancolia, el ensueño de la conciencia y de la muerte*. Los mas grandes escritores, se han dedicado á escribir el inevitable suplicio de los remordimientos; pero Perse, me ha sorprendido, sobre todo, cuando su pluma enérgica nos hace oír *durante el horror de una profunda, ú oscura, noche*, la voz de un culpable atormentado por ensueños espantosos, arrastrado por su conciencia á la orilla movediza de un precipicio sin fondo, esclamando consigo mismo, *¡estoy perdido! ¡estoy perdido!* y que para concluir el cuadro, nos enseña el poeta á la inocencia, durmiendo en paz al lado del perverso atormentado.

EL CABALLERO.

En verdad que atemorizariais á un *granadero*; pero ved, todavía una de esas contradicciones en que ahora poco reparábamos. Todos hablan de la dicha que lleva consigo la virtud, y todos hablan de ese terrible suplicio que causan los remordimientos; pero como si estas verdades no fueran mas que de pura teoria, porque cuando se trata de hablar de la Providencia se las olvida como si fuesen nulas en la práctica. Hay en esto á la vez error é ingratitud. Ahora que reflexiono sobre ello, veo lo ridiculo que es, el quejarse de las desgracias de la inocencia, es precisamente lo mismo que si uno se quejase de que Dios se complacia en convertir en desgracia la felicidad.

(1) «¿Qué os escribiré hoy, Padres conscriptos? ¿O cómo os escribiré, ó acaso debo no escribiros nada? ¡Si yo mismo lo sé, que los dioses y las diosas me hagan perecer aun mas horriblemente, de lo que cada dia me sienten perecer!» (Tac. Ann. VI. 6.)

EL CONDE.

¡Sabeis Caballero, que Séneca no hubiera hablado mejor! En efecto, Dios todo lo ha dado, á los hombres á quienes ha preservado ó librado de los vicios (1). Así, pues, decir que el crimen es dichoso en este mundo, y la inocencia desgraciada, es un verdadero contrasentido; es decir, precisamente que la pobreza es rica, y la opulencia pobre; pero el hombre es así. Siempre se quejará, siempre argumentará contra su padre. No basta que Dios haya dado al ejercicio de la virtud una dicha inefable, no basta que le haya prometido la parte mayor sin comparacion, en la participacion ó distribucion general de los bienes de este mundo; esas cabezas desatinadas, cuyo razonamiento ha desterrado la razon, no quedarán contentas: será absolutamente preciso que su justo imaginario sea impasible; que no la suceda mal alguno; que la lluvia no le moje; que la niebla se detenga respetuosamente en los límites de su campo; y que si se olvide por casualidad de echar sus cerrojos, se digne Dios enviar á sus puertas un ángel con una espada resplandeciente, por temor de que un ladrón dichoso, no vaya á robar el oro y pedrería del JUSTO (2).

EL CABALLERO.

Tambien os cojo chanceándoos, señor filósofo, pero me guardo muy bien de querellarme, porque temo las represalias; convengo pues, con mucho gusto, que en tal caso la chanza puede presentarse en medio de una grave discusion. No podria haber cosa mas disparatada que esa absurda pretension, que quisiera que todo justo fuese bañado ó empapado en las aguas de la Estigia, volviéndose inaccesible á todos los golpes del destino.

EL CONDE.

No entiendo mucho lo que es el destino; pero os confieso que en cuanto á mi, veo cierta cosa todavía mas disparatada, que lo

(1) *Omnia mala ab illis (DEUS) removit; scelera et flagitia et cogitationes improbas, et avida consilia, et libidinem sæcam, et alieno, imminentem avaritiam.* (Sén. De Prov. c. vi.)

(2) *Numquid quoque á Deo aliquis exigit ut boni viri sarcinas servet?* Sí, sin duda, todos los dias se pretende, sin pensarlo, que los ladrones hurtan á lo que se llama un hombre de bien, y tal como el que concedia una risa de aprovacion á este párrafo de Séneca, dirá al instante. Semejante desgracia no hubiera sucedido á un bribón rico; estas cosas no suceden mas que á los hombres de bien.

que á vos os parece el exceso de la sinrazon; y es, la inconcebible locura que se atreve á fundar argumentos contra la Providencia, sobre las desgracias de la inocencia que no existe. ¿En dónde está pues, la inocencia? ¿En dónde el justo? ¿Se halla aquí alrededor de esta mesa? ¡Ah gran Dios! ¿Quién pudiera creer un delirio tal, sino lo viéramos á cada momento? Muchas veces pienso en aquel párrafo de la Biblia que dice: «Yo visitaré á Jerusalém con lámparas» ó luces (1), tengamos nosotros mismos valor para visitar ó ver nuestros corazones con lámparas, y no nos atreveremos mas á pronunciar sino con vergüenza las palabras de virtud, de justicia y de inocencia. Principiemos examinando el mal que hay dentro de nosotros mismos, y palidezcamos al fijar una mirada animosa en el fondo de este abismo; porque es imposible conocer el número de nuestras transgresiones, y no lo es menos el saber, hasta que punto tal ó cual acto culpable, ha dañado el orden general y contrariado el plan del Legislador eterno. Pensemos en seguida en esa espantosa comunicacion de crímenes que existe entre los hombres, complicidad, consejo, ejemplo, aprobacion; palabras terribles, que sin cesar deberíamos meditar. ¿Qué hombre sensato podrá pensar sin estremecerse en la accion desordenada que ha ejercido para con sus semejantes, y con los resultados posibles de esa funesta influencia? Rara vez se hace culpable el hombre solo; rara vez un crimen deja de producir otro. ¿A dónde están pues, los límites de la responsabilidad? De ahí, ese rasgo luminoso que brilla entre otros mil, en el libro de los Salmos: ¿Cuál es el hombre que puede conocer toda la estension de sus prevaricaciones? ¡Oh Dios! purificadme de las que ignoro, y perdonadme tambien de las demas (2). Despues de haber meditado así sobre nuestros crímenes, se nos presenta otro exámen todavía mas triste tal vez; y es el de nuestras virtudes: ¿qué espantosa pesquisa seria aquella, que tuviese por objeto el corto número, la falsedad y la inconstancia de esas virtudes! Seria preciso ante todo, sondear las bases. ¡ay de mí! Mas están mas pronto determinadas por la preocupacion, que por las consideraciones del orden general, fundado en la voluntad Divina. Una accion nos repugna mucho menos porque es mala, que porque es vergonzosa. Que riñan dos hombres del pueblo, armados cada uno con su cuchillo, son dos picaros; haced mas largas las armas, y uoid al crimen una idea de nobleza, y de independecia, y ya será la accion de un hidalgo; y vencido el soberano por la preocupacion, no podrá menos de

(1) *Scrutabor Jerusalem in lucernis.* (Soph. I, 12).

(2) *Delicta quis intelligit? Ab occultis meis, munda et ab alienis parce servo tuo.* (Salm. XVIII, 14).

honrar *el mismo*, el crimen cometido contra *el mismo*; es decir, la rebeldía añadida al homicidio. La esposa criminal habla tranquilamente de la *infamia* de una desgraciada, á quien la miseria arrastró á una debilidad ostensible; y desde lo alto de un balcon dorado, el diestro dilapidador del tesoro público, vé subir á la horca al infeliz sirviente que ha robado á su amo un escudo. Hay una palabra bien profunda y significativa, en un libro de pura diversion ó entretenimiento; lo he leído hace cuarenta años justos, y la impresion que entonces me hizo no se ha borrado. Es en un cuento moral de Marmontel. Un aldeano cuya hija fue deshonrada por un gran señor, dijo á este brillante corruptor: *Muy dichoso sois, señor, por no amar al oro tanto como á las mugeres; hubierais sido un cartucho. ¿Qué es lo que comunmente hacemos durante nuestra vida? Lo que nos da la gana.* Si nos dignamos abstenernos de robar y de matar, es porque no tenemos ningun deseo, *porque esto no se hace.*

Sed si

Candida vicini subriset molle puella,
Cor tibi rite salit.....? (1).

No es al crimen sino tememos, á quien á la deshonra; y con tal que la opinion aleje la vergüenza, ó bien sustituya la gloria, como es ella la dueña, cometemos el crimen osadamente, y dispuesto asi el hombre, se llama *sin cumplimiento justo*, ó al menos *hombre de bien*: ¿y quién sabe si aun dá gracias á Dios de no ser como uno de aquellos otros? Es un delirio sobre el que la mas pequeña reflexion debe avergonzarnos. Sin duda fue con suma sabiduria el llamar los romanos con un mismo nombre, la fuerza y la virtud. No hay en efecto virtud ninguna propiamente dicha, sin la victoria sobre nosotros mismos, y lo que nada nos cuesta, nada vale. Separemos de nuestras miserables virtudes, lo que debemos al temperamento, al honor, á la opinion, al orgullo, á la impotencia y á las circunstancias; ¿qué nos quedará? ¡Ah! bien poca cosa. No tengo reparo en confesaroslo, siempre que medito sobre esta espantosa materia, tengo intenciones de arrojarne al suelo como un culpable que pide perdón; no aceptando de antemano todos los males que pudieran caer sobre mi cabeza, mas que como una ligera compensacion de la inmensa deuda que he contraido para con la justicia eterna. No obstante, no podríais tener una idea de las muchas gentes que en mi vida, me han dicho que era *muy hombre de bien.*

(1) Mas si la blanca hija del vecino te envia un suspiro voluptuoso, ¿continuará tu corazon latiendo con prudencia? (Pers. sat. III. 110.—III.

EL CABALLERO.

Os aseguro que pienso lo mismo que esas personas, y vedme aquí dispuesto á prestaros dinero, sin necesidad de testigos ni recibo, sin pensar siquiera en si no tendreis gana de devolvérmelo. Pero decidme, os ruego, ¿no lastimais sin advertirlo vuestra propia causa al enseñarnos aquel ladrón público que ve desde un balcon dorado los preparativos de un suplicio, que debia servir mas bien para él, que para la desgraciada victima que va á perecer? ¿No vais á parar sin sentir, *al triunfo del vicio y á las desgracias de la inocencia?*

EL CONDE.

No en verdad, mi querido caballero, no me contradigo á mí mismo; vos sois, con vuestro permiso, quien está distraido al hablarnos de las desgracias de la inocencia. Era preciso no hablar mas que *del triunfo del vicio*; porque el criado á quien se ahorca por haber robado un escudo á su amo, no es enteramente inocente. Si la ley del pais prescribe la pena de muerte por todo robo doméstico, todo criado sabe que si roba á su amo se espone á morir. Que el que otros crímenes de mucha mas consideracion, no sean conocidos ni castigados, es otra cuestion, pero tocante á él no tiene derecho á quejarse. Es culpable segun la ley, ha sido juzgado ó sentenciado segun la ley, ha muerto segun la ley, ningun agravio se le hace. Y en cuanto al ladrón público de quien hablábamos ahora mismo, no habeis comprendido bien mi idea. No he dicho yo que fuese dichoso; ni he dicho que sus malversaciones no han de ser nunca ni conocidas ni castigadas; he dicho tan solo, que el culpable ha tenido la habilidad, *hasta este momento*, ó hasta ahora, de ocultar sus crímenes, y que pasa por lo que llaman *un hombre de bien*. No lo es sin embargo ni con mucho para el ojo que todo lo ve. Si la gota ó la piedra ó algun otro suplemento ó equivalente terrible de la justicia humana, viene pues á hacerle pagar el *balcon dorado*, ¿veis en eso alguna injusticia? Luego la suposicion que hago en este momento, se realiza á cada paso en todos los puntos del globo. Si hay para nosotros verdades positivas, es porque el hombre no tiene medio alguno de juzgar los corazones; porque la conciencia que nos induce á juzgar mas favorablemente, puede estar atrozmente manchada á los ojos de Dios; porque no hay un hombre inocente en este mundo, porque todo mal, es un castigo, y porque el juez que nos condena es infinitamente justo y bueno: hasta, me parece para que aprendamos al menos, á callarnos. Pero permi-

tieme que antes de concluir os comunique una reflexion que siempre me ha llamado la atencion estremadamente; acaso no hará menos impresion en vosotros. *No hay hombre justo en la tierra* (1).

El que pronunció ó dijo esta palabra, era él mismo una prueba grande y triste de las sorprendentes contradicciones del hombre, pero á este *justo* ideal, convengo en realizarlo un momento, en la imaginacion, y lo colmo de todos los males posibles. Os pregunto, ¿quién tiene derecho á quejarse, en esta suposicion? Es el justo probablemente: es el justo paciente, ó que padece. Pero esto es justamente lo que no sucederá jamás. No puedo menos de pensar en este momento en esa jóven que se ha hecho célebre en esta gran ciudad, entre las personas bienhechoras que miran como un deber sagrado el buscar la desgracia para remediarla. Tiene diez y ocho años; hace cinco que está padeciendo un horrible cáncer que le roe la cabeza. Ya han desaparecido los ojos y la nariz y el mal adelanta en sus carnes virginales, como un incendio que devora un palacio. Presa ó víctima de los padecimientos mas agudos, una piedad tierna y casi celestial, la desprende enteramente de la tierra, y parece que la hace inaccesible ó indiferente al dolor. No dice como el fastuoso estóico: *¡Oh dolor! por mas que hagas, nunca me harás convenir, en que seas un mal.*

Esta obra mejor; no dice nada. Nunca han salido de su boca, mas que palabras de cariño, de sumision y reconocimiento. La inalterable resignacion de esta jóven se ha hecho como una especie de espectáculo, ó notabilidad; y así como en los primeros siglos del cristianismo, iban al circo por pura curiosidad á ver á *Blandina, Agatha y Perpétua* entregadas á los leones, á los toros salvajes ó bravios, y que por cierto mas de un espectador se retiró sorprendido de haberse vuelto cristiano; del mismo modo los curiosos van tambien en vuestra bulliciosa ciudad, á contemplar á la jóven mártir, *entregada al cáncer*. Como ha perdido la vista, pueden acercarse á ella sin incomodarla, y muchos han vuelto con mejores pensamientos. Cierta dia que la prodigaban una compasion particular por sus largos y crueles insomnios: *No soy, dijo, tan desgraciada como creéis; Dios me concede la gracia de no pensar mas que en él.* Y cuando un hombre de bien que vos conocéis, señor senador, la preguntó cierto dia; *¿cual es la primer gracia que pediréis á Dios, mi querida niña, cuando os halleis en su*

(1) *Non est homo justus in terra, qui faciat bonum et non peccet.* (Ecl. VII, 21.) *Habiase dicho mucho tiempo hacia: qui est homo, ut immaculatus sit, et ut justus appareat de muliere? Ecce inter sanctos nemo immutabitur* (Job, XV, 14-15).

presencia? respondió con una sencillez evangélica: *Le pediré para mis bienhechores, la gracia de que le amen tanto como yo le amo.*

Ciertamente, señores, si la inocencia existe en alguna parte del mundo, se halla sin duda en ese lecho de dolor, cerca del que el giro de la conversacion, acaba de llevarnos un instante. Y si fuera permitido dirigir á la Providencia quejas razonables, saldrian ellas justamente de la boca de esa víctima pura, que no sabe, sin embargo, mas que bendecir y amar. Mas lo que vemos aquí, siempre se ha visto, y se verá hasta el fin de los siglos. Cuanto mas se aproxime el hombre á ese estado de justicia en que la perfeccion no pertenece á nuestra débil naturaleza, tanto mas amable y resignado le hallareis, hasta en las situaciones mas crueles de la vida. *¡Cosa estraña! El crimen es quien se queja de los padecimientos de la virtud! Siempre es el culpable, y muchas veces el culpable dichoso, como quiere serlo, sumergido en las delicias, y rebosando en los únicos bienes que estima. ¡Quién se atreve á contender con la Providencia, cuando ella juzga conveniente, rehusar estos mismos bienes á la virtud! ¿Quién pues ha dado á esos temerarios, derecho á tomar la palabra en nombre de la virtud, que los desmiente con horror, interrumpiendo por insolentes blasfemias las súplicas, las ofrendas y los sacrificios voluntarios del amor?*

EL CABALLERO.

¡Ah mi querido amigo, cuantas gracias os doy! No sabria explicaros hasta que punto estoy conmovido por esa reflexion, que no se me habia ocurrido. La llevo en mi corazon, por que es preciso separarnos. No es de noche y tampoco es muy de dia y ya las oscuras aguas del Neva, anuncian la hora del descanso. No sé, sin embargo si podré gozar de él. Creo que soñaré mucho con esa jóven, y sin que pase de mañana buscaré su habitacion.

EL SENADOR.

Yo me encargo de llevaros.